

El sendero del monte LAWU

«Nire adiskide ta maisu jaunei don JoxeMiel eta Shebe»

Suyono me había despedido diciendo: «Puesto que has decidido ir a la montaña, hazlo a fondo, seriamente, concentrando tus energías en esa dirección. Mantén los ojos bien abiertos y todo podrá ser tu maestro. Ten presente que Lawu es una montaña sagrada y es muy fácil captar allí las buenas vibraciones».

El plan era salir de noche y subir a la luz de la luna, pasar el siguiente día en la campa que hay cerca de la cumbre y vivir allá arriba la luna llena de agosto. Pero la cosa empieza complicándose. Hemos salido de noche por la carretera y el camino se ha escondido. No encontramos el comienzo, así que después de dar unas cuantas vueltas nos instalamos en una casa que hemos encontrado abierta, con una cama vacía y una vela encendida, como si nos hubiese estado esperando.

Muy temprano hemos salido y nos hemos metido en el sendero, que empieza con unas escaleras talladas en el suelo. En un amanecer brillante hemos entrado en la selva, atravesada por los rayos del sol que acaba de nacer. El camino trepa rápido y seguro. La subida se hace agradable.

Sonny, el canadiense de Vancouver con el que vivo en casa de Pak Hardjanta, camina unos pasos detrás de mí, en silencio. Ayer tuvimos largas charlas y hoy no hace falta decir gran cosa. Nos pasaremos todo el día sin ver a nadie, cada uno de los dos entretenidos con nuestros pensamientos y vivencias, entendiéndonos en seguida, con sólo iniciar una frase.

Nuestra soledad me hace pensar en todo lo contrario. Gunung Lawu es un lugar de peregrinación desde hace muchos cientos de años. La es-

piritualidad de la isla es y ha sido siempre muy profunda, supongo que desde que el hombre de Java, que fue encontrado a pocos kilómetros de aquí, cazaba por estos bosques. Y veo a todos los peregrinos, aquí y ahora. Me veo formando parte de una inmensa procesión de gente que sube por el sendero en busca de Dios. Subo hombro con hombro, en medio de peregrinos de todas las épocas. Van vestidos de forma muy parecida, con un largo sarong, y la mayoría andan descalzos. Yo voy vestido de forma muy distinta, pero el progreso de Occidente supone un momento tan pequeño en la historia de la humanidad, y nuestros cambios tienen tan poco valor, que no les llamo la atención.

Me aceptan entre ellos porque esto es un camino personal en el que cada uno se acepta a sí mismo cuando va con el corazón limpio. El saberme formando parte de la unidad de la creación me llena de alegría y me impulsa a acercarme a ellos para preguntarles unas cuantas cosas que me ayuden a aclarar una serie de conceptos. Pero noto que no puedo hacerlo. No sería capaz de formular las preguntas oportunas, y si hiciese la pregunta con los medios de que dispongo ahora, en la vida normal, resultaría torpe, tonta. Ellos no se reirían, en un mundo natural, pero no la entenderían y su respuesta se me escaparía totalmente. Así que acepto que las preguntas me las tengo que contestar yo mismo, cuando el tiempo haya madurado. Sé que seré capaz de encontrar los medios para contestarlas, cuando me lo haya ganado porque de verdad lo necesite. Sé que las cosas trascendentales no se pueden comprar.

Así que sonrío a mis vecinos. Sonny me devuelve la sonrisa y seguimos subiendo. Me gusta el camino. Voy pisando una alfombra de hojas muertas, caídas hace poco, como dándome la bienvenida, sobre el fondo del sendero, muy duro, hecho a base de miles de pisadas, a lo largo de los siglos. Es un camino completamente nuevo y a la vez eternamente viejo.

El sendero está cubierto de rocío y flores. Es el agua y la tierra. Los arbustos que al principio se alineaban cuidadosamente a los bordes del camino, ahora se han metido dentro. A veces nos llega a la altura del pecho una frágil barrera de flores blancas, rojas, anaranjadas o añiles, brillantes de gotas de rocío. Es la sensación de andar por un mundo de colores, pero al cabo de poco tiempo estamos chorreando agua, hundidos hasta la cintura.

El ambiente es extraordinario y está lleno de sorpresas. Al dar una curva oímos un estruendo al fondo del barranco y buscando un claro entre los árboles vemos que se trata de unas cascadas que levanta columnas de vapor de agua. Es lo que ayer a la noche, desde la carretera, nos parecía una nube colgada del flanco de la montaña. Al cabo de un momento cambiamos de ladera y otra vez oímos sólo el canto de los pájaros.

Paulatinamente, según vamos acercándonos a la cima, el paisaje se

va simplificando. La llanura del fondo de la isla está oculta por una capa de niebla que va ascendiendo más rápido que nosotros. Nos alcanza y nos pasa. El bosque ha desaparecido y se ha llevado los colores. Ahora todo, a nuestro alrededor es blanco y negro, sobre fondo gris. El silencio es total.

Una corta ladera, pendiente y escarpada, nos conduce a una campa. La sorpresa nos inmoviliza. Es como un lugar que hubiéramos andado buscando durante mucho tiempo y que descubrimos de pronto. Es algo que a pesar de haberlo esperado tanto, siempre será una sorpresa encontrar. Está cubierta de una alfombra de césped, en el centro hay un altar muy sencillo hecho de piedras y a un lado una pequeña cabaña, todo rodeado de una línea de árboles que sube hasta la cumbre de la montaña, que se adivina detrás, muy cerca.

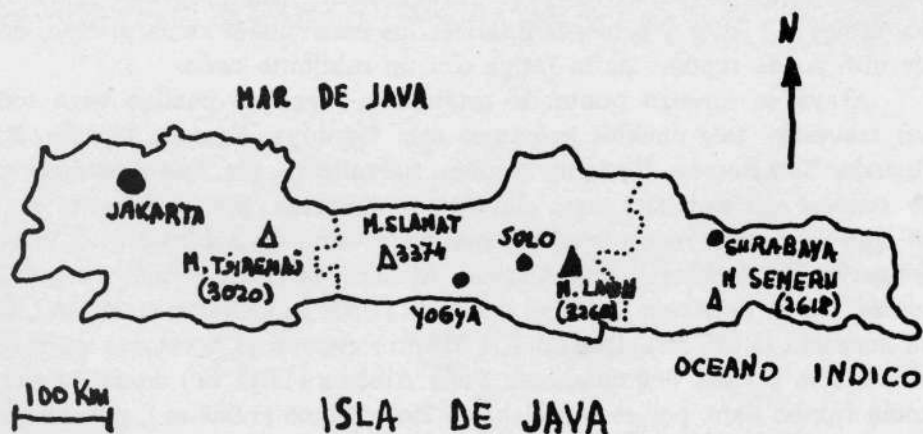
No hay paisaje. Todas las formas, los accidentes, han desaparecido. No queda nada accesorio. Sólo estamos nosotros, inmensamente solos. El simbolo de la montaña cobra ahora una madura realidad. Hemos ido ascendiendo física y espiritualmente, despojándonos de los detalles y alejándonos de cada una de las demás personas, para acercarnos a la unidad del todo y a la totalidad de la humanidad,



...EN EL CENTRO UN ALTAR MUY SENCILLO

Cuando me doy la vuelta veo a Sonny delante del altar. De la mochila saca unas cuantas varillas de incienso y un par de envoltorios hechos con hojas de plátano, conteniendo un puñado de pétalos de rosa. Le observo con atención. Extiende las flores ante las piedras, debajo del altar. Luego enciende tres varillas de incienso y, sosteniéndolas ante su frente, se queda de pie, quieto, con la cabeza inclinada y los ojos cerrados. Al cabo de un momento coloca las varillas cuidadosamente entre las flores, se vuelve, y, con una sonrisa, me invita a hacer lo mismo: «Ofrece un homenaje a Aquél en quien tú creas y pídele su ayuda para encontrarte a tí mismo».

Al anochecer hemos encendido una hoguera a la puerta de la cabaña y esperamos que venga la luna. Pero en vez de ella viene la tormenta y pasamos toda la noche entre sacudidas de relámpagos. Aunque esto es otra historia, porque al día siguiente, completamente hundidos, bajamos a la llanura y yo cojo el tren para Bali, donde me espera la Cruz del Sur subida a un cocotero lleno de canciones de colores,



Monte LAWU, 3.265 metros. con vértice de triangulación en la cima. En Java Central (Indonesia), distrito de Solo, coordenadas 7.º Sur, 111º Este. Ascensión realizada el 3 de agosto de 1974.

L. I. Domingo Uriarte